

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

VELÁZQUEZ

Velázquez de actualidad. ¡De actualidad! ¡Qué figura tan *mezquina* hace esta palabreja al lado del nombre glorioso, en su orden y esfera comparable al de Cervantes, y superior al de Calderón, si pudiese ser superior la verdad *externa* al ensueño! — ¡Velázquez actual! Hay cosas que no son actuales nunca; es su privilegio, es su blasón.

Como a todo genio indiscutible, a Velázquez puede considerarse de muy varios modos, y calificarle al mismo tiempo de universal y de nacional; expresa a la humanidad (*Los borrachos*) y expresa energicamente a su raza y pueblo (*Las meninas*). Por eso la gloria de Velázquez, cual la de Cervantes, hace rendir el pabellón a los más exigentes y rigurosos críticos extranjeros. No así la de Calderón, exclusiva, peculiar de determinado pueblo en determinado momento de la historia. Los alemanes han admirado mucho a Calderón; los franceses é ingleses, por ejemplo, no han podido asimilárselo nunca.

* *

Velázquez es un pintor nacional, enteramente nacional, y acaso lo que de español hay en su arte sea más perdurablemente español que otras manifestaciones al parecer señaladas con el carácter especial que se nos atribuye. Taine, para definir nuestro arte, nos llama «una monarquía de inquisidores y de cruzados, que conservaban los sentimientos caballerescos, las pasiones sombrías, la ferocidad y la intolerancia y el misticismo de la Edad Media,» y opina que, en esta atmósfera sobresaturada de fanatismo, «los máximos artistas son los hombres que han poseído en más alto grado las facultades, los sentimientos y las pasiones de ese público que los rodeaba.» Semejante teoría, que el maestro de la crítica aplica inmediatamente a Lope de Vega y a Calderón, sería difícil de aplicar a Miguel de Cervantes y a don Diego de Silva Velázquez; y en efecto, guárdase Taine de sacarla a relucir con motivo de ninguno de los dos mayores astros de nuestro cielo. Porque en el extranjero hay propensión a vernos al través de nuestra leyenda tan sólo, y el lado realista, el energético estudio de la verdad sin aditamentos que nuestro arte encierra, ha solido dejarse a un lado, costumbre de los que defienden una tesis al encontrar documentos que la contradicen y hasta la destruyen.

* *

Y Velázquez, bien mirado, tiene más de español rancio y puro que Calderón. Taine enseña que el carácter más estable, en arte, es siempre el más elemental y sencillo; que su duración la causa su profundidad. Observación sagacísima, ajustada al arte español enteramente. Lo que notamos en él de tiem-

po inmemorial, desde el Arcipreste de Hita y la *Celestina*, es un realismo franco, á veces cínico por su indiferencia. El misticismo metafísico de Calderón llega después, dura relativamente poco, y nunca obtiene tan completo predominio que a su lado no se alce la figura de Quevedo. Es por consiguiente el realismo ese carácter persistente á que alude Taine, y que resalta á las claras cuando comparamos entre sí las manifestaciones artísticas de nuestra patria. No hay sino ver en el Museo del Prado, en Madrid, en las salas llamadas de Alfonso XII, la inferioridad de las tablas españolas, al lado de las de los maestros *cuatrocentistas* italianos y alemanes. La fórmula artística (ya sé que digo una cosa contra el sentir común, pero es verdad) no encaja en el arte español. Aquellas delicadezas ensoñadoras de Angélico, que mojaba el pincel en la increada luz del Paraíso de Dante; aquellos paganismos ideales de Patinir; aquellos mismos desenfrenos imaginativos del decadente Bosco, no se adaptan fácilmente á nuestro modo de ser: la pugna de la genialidad española con el estilo general de las tablas del xv resalta á la primer ojeada. Y cuenta que se habían establecido en Castilla artistas italianos, flamencos, franceses — los Starnina, Rogel, los Juanes de Borgoña — poniendo cátedra de misticismo y de idealismo refinado, y á su enseñanza se plegaban, no sin protesta interior, aquellos castellanos, aragoneses y catalanes que, si se dejasen llevar de su instinto, se anticiparían dos siglos á Velázquez en la imitación directa de la naturaleza.

Dominados por el influjo europeo, nuestros pintores del xvi, quieren empezar, sin embargo, á sobreponerse á él. La empresa era difícil, porque no sé de arte más internacional que la pintura del Renacimiento. Todo se vuelve, en aquella época, viajar y trasiego continuo de artistas. Nuestros Juanes, Becerras, Céspedes y Ribaltas emigran á Italia; aquí se nos vienen Tibaldi y el *Greco*. Este extranjero, por raro caso, es quien mejor se penetra de ciertos matices de nuestra psicología, quien encarna á la España soñadora. La gravedad, la seriedad, la dignidad hidalga y la melancolía tétrica que ya empezaba á dominarnos, luchando con el paganismo renaciente, nadie los habrá expresado en el mundo, ni el propio Velázquez, como supo expresarlos el *Greco*, sobre todo en algún retrato y en varias hermosísimas cabezas de su obra maestra *Entierro del conde de Orgaz*. *Greco* es un pintor español hasta la medula.

* *

De las tres escuelas principales en que se dividió la pintura española — valenciana, sevillana y castellana ó madrileña, — las dos primeras son las que se ajustan á leyes recibidas de otros países, que por la gloria de las armas habíamos llegado á creer nuestros entonces. Los grandes valencianos son casi italianos por la factura y el color: recuérdese á Juan de Juanes. En los sevillanos comienza á brillar la originalidad de España, y su sentimiento religioso ya se revela con vigor energético y dulzura incomparable en Zurbarán y Murillo. Y, entre paréntesis: ¡pobre Murillo! ¡Qué desacreditado está, y cuánto ha bajado su papel, diremos en vulgar frase, desde que los peritos y los críticos, formando compacto escuadrón, se colocaron del lado de Velázquez y minaron y socavaron la fama del «pintor de las Concepciones!» ¿Qué sucederá cuando en 1918 se cumplan los trescientos años de su nacimiento, ó en 1982 los de su muerte, «causada por su mucha honestidad,» según sus biógrafos afirman? ¿Se le hará centenario, se le consagrará una apoteosis? Lo dudo, porque repito que Murillo, en el concepto científico del arte, ha perdido crédito en estos últimos tiempos, no obstante la popularidad y simpatías de que goza entre el vulgo, juez á su manera y estilo, según el corazón y la fantasía, casi siempre. Antes quizás se exaltaba demasiado á Murillo; hoy se le rebaja desmedidamente. Antes se le concedía el primer lugar; hoy ni el segundo. En todo cabe exageración y extremo. Nos hemos cansado de Murillo, como nos hemos cansado de Bellini y de Donizetti: al uno le mataron los cromos y oleografías baratas, á los otros el piano casero y los callejeros organillos. Por fortuna lo mejor de Murillo es lo que menos corre en estampas alemanas para devocionario. También Murillo, el célico, el vaporoso, el de los rompimientos de gloria y las miriadas de angelitos portadores de rosas y palmas, era de su raza y de su nación, y sentía y retrataba la verdad, con sincero y franco pincel; á veces, hasta con pincel implacable, crudísimo. Y si no, véase el celebrado cuadro del Museo del Louvre *La vieja y el muchacho*; véase otro de la misma catadura y parecido asunto, uno de los incomparables *Granujas* del Museo de Munich, y véase la clínica fidelidad con que aparecen copiadas las enfermedades y lacras

de los pordioseros en el lienzo justamente célebre, de tanta elevación moral como verdad, *Santa Isabel de Hungría*.

* *

No llegó más allá Velázquez, en quien la naturalidad y el don de trasladar al lienzo lo que veían sus ojos de tal manera resaltaron. Sólo que los ojos de un pintor nunca ven la verdad sino bajo la condición de poner en ella el sello de su genialidad propia. Es imposible ser más fiel que Velázquez, y con todo, aquello es Velázquez, más aún que la gallarda estampa de tal personaje, ó la catadura de cual borracho, enano ó bufón. Real es cuanto Velázquez nos presenta, pero real en él, por él, á su modo, con su peculiar luz y su toque amplio, inimitable.

Mejor que Moro, que Sánchez Coello, que Pantoja de la Cruz — con ser éstos tan maestros retratistas — supo Velázquez poner en una cabeza humana toda la vida de una época. Acaso en esto sea Sánchez Coello su único rival afortunado. Pero las figuras de Sánchez Coello pecan de rígidas; los trajes, adornos, galones y joyeles adquieren excesiva importancia; no domina lo principal á lo accesorio, como domina en Velázquez.

Lo que se advierte en este prodigioso artista que surgió cuando se precipitaba nuestra decadencia, es la cualidad más extraña en épocas tales: la que no poseyeron ni Murillo, ni Goya, ni Fortuny; el equilibrio, la salud mental, la razón serena, la normalidad completa é inalterable. Por esta cualidad hay gente, hay críticos modernos, que no se satisfacen con Velázquez: le encuentran apagado de imaginación, falto de sentimiento, hasta ordinario y bastote (contra esto último protesto enérgicamente). Imaginación y sentimiento, ¿quién duda que no los tuvo Velázquez, ni pudo en esto rivalizar con el *Greco*, su guía y predecesor? Con el *Greco* podemos soñar, podemos trasladarnos á otra vida; con Velázquez tenemos que permanecer en esta, pegados á la tierra, la roja y pardusca tierra castellana, respirando el claro ambiente de las sierras ó el polvo amarillo de las llanuras, pisando las alfombras palaciegas — sin gran dosis de ideal, á no ser que traiga el ideal en sí, estrechamente adherido, el propio asunto del cuadro — verbigracia, el de las *Lanzas*, con su atmósfera de valor y de militar cortesía.

No ideas, sino pinceladas, es lo que se busca en Velázquez, y lo que le vale los homenajes de la nueva generación de técnicos; que si el *Greco* expusiese hoy algunos de sus lienzos rarísimos y sugestivos, se reírían de él, como se rió el público del Salón parisiense del pintor de la *Obra*.

EMILIA PARDO BAZÁN